

La nueva normalidad

+

**La «Salud Pública» como
herramienta totalitaria de la
Dictadura Médica Industrial**

Textos de la revista

Ekintza Zuzena





Primera edición independiente
Licantropía Ediciones
Agosto 2022
Territorio dominado por
el Estado mexicano

La reproducción total o parcial de
este libro por cualquier medio
es alentada por los editores
Fuck copyright!

La nueva normalidad

El siguiente texto de Eduardo Romero sobre la «Nueva normalidad», que ha sido editado igualmente por el diario digital Nortes y en papel en un librito de la Editorial Cambalache (2021)

«Lo digo y lo repito: usa mascarilla. [...] Cuida de tu salud y estarás cuidando la de todos.»

Adrián Barbón, presidente de Asturias

«[...] no hay tal cosa como la sociedad. Hay individuos, hombres y mujeres, y hay familias. Y ningún gobierno puede hacer nada si no es a través de la gente, y la gente primero debe cuidar de sí misma. Es nuestro deber cuidar de nosotros mismos y después, también, cuidar de nuestros vecinos.»

Margaret Thatcher

«El periodo de gracia se acabó, la Policía impondrá la distancia social.»

Delia Losa, delegada del Gobierno en Asturias

I

Mi vecina la del tercero continúa desinfectando, una a una, las patas de su perro cada vez que vuelven del paseo y se disponen a entrar en casa. Una amiga, que trabaja de puta, ha vuelto a recibir llamadas. Acude al piso de contactos y chupa pollas, mete dedos en el culo y se deja penetrar. Todo ello con condón. A veces se ríe y piensa, con el dedo envuelto en látex, que parece una enfermera. Eso sí, sin EPIs y sin distancia social. Inocencio, ochenta y siete años, fue picador en la mina. Sabe bien lo que es quedarse sin oxígeno. Al fin y al cabo, lleva media vida silicótico. Ha vuelto a pisar la calle tras cien días confinado. De cinco a siete de la tarde sale de la residencia en

la que vive. Aunque teme al bicho, necesita caminar. Hace menos de un año que se rompió la cadera. Tanta película de John Wayne tirado en la cama le ha dejado más torpe. Dice que le duele la pierna. Y dice, también, que la calle está más triste.

Hay quien tiene mucho miedo a que se pueda circular entre regiones. El martes llegó a Oviedo un tren procedente de Madrid. Qué miedo. Había muchos *secretas* en la estación. Por nuestra seguridad. Últimamente, se suceden los eventos que denuncian la violencia policial contra los negros. Al parecer, el racismo es culpa del supremacista Donald Trump y sus secuaces. Así lo decían muchas pancartas en España. También una en Oviedo. Ese día, la mujer con el peto de Amnistía Internacional pidió a toda la plaza que hincase la rodilla. Para hacernos la foto. Hoy *El País* habla del pelo afro y los derechos civiles en EEUU. De entre todas las personas que se bajaron del tren en Oviedo, dos eran negras. Los *secretas* sólo las identificaron a ellas. A una la agarraron del brazo y se la llevaron. A comisaría. Por negra y por no tener papeles. La obligaron a quitarse el sujetador y los cordones de los zapatos. Una policía la cacheó en busca de drogas. En el calabozo no existe la distancia social. De pronto, por negra y por no tener papeles, era sospechosa de tráfico de estupefacientes. Cien mil detenciones en un año. Doscientas setenta y cuatro al día. Ese ha sido el récord español de encierros en calabozo en aplicación de la Ley de Extranjería. Verdaderamente, Donald Trump es un fascista.

Las calles, después del silencio interrumpido por tanquetas militares, vuelven a estar infestadas de coches. No las vemos porque son microscópicas, pero las partículas contaminantes proliferan otra vez. Con cada respiración penetran, profundamente, en nuestros pulmones. Se estiman en treinta mil los fallecimientos prematuros cada año por contaminación del aire en el Estado español. Ahora que nos tragamos las estadísticas producidas *just in time*, resuena esta cifra, ¿verdad? Treinta mil.

Toda la población asturiana respira habitualmente aire contaminado. Responsabilidad individual. Ponte una mascarilla. Tractores rociando las *caleyas* con lejía. Ochocientas muertes en Asturias como consecuencia de la contaminación

atmosférica. Veinte mil sanciones durante el estado de alarma. No recuerdo que el presidente asturiano o la delegada del Gobierno hayan dicho nada de las micropartículas. Quizás habría que multarles por ello. En el mundo mueren anualmente más de medio millón de niños por enfermedades respiratorias asociadas a la contaminación. La mayoría por neumonía. Usa mascarilla. Cuida tu salud y estarás cuidando la de todos. ¿Quiénes somos *todos*?

Zoonosis. Una sofisticada palabra. El paso de enfermedades infecciosas de otros animales a los seres humanos (o viceversa). El coronavirus es fruto de una zoonosis. Las granjas industriales son una de las causas principales de la proliferación de zoonosis. Gripe aviar, gripe porcina, entre otras. En España se mata cada año a cincuenta millones de cerdos. Casi la mitad en Catalunya. En España cuelgan de los balcones miles y miles de banderas rojigualdas. Ahora también hay gente que las lleva en la mascarilla. Como un escupitajo. Sin embargo, en lo que respecta a las granjas industriales, hay muchas zonas de España que quieren emular a Catalunya. Más allá de las banderas y de los escupitajos. El Gobierno de Castilla y León, por ejemplo, se propone agilizar algunos trámites. Eso de que una industria que consume agua como si fuera una ciudad, contamina acuíferos como si fuera una mina y emite gases como si tuviera una enorme chimenea tenga que pedir licencia ambiental es una burocracia innecesaria.

Antes del estado de alarma, había en el mundo unos setenta mil millones de animales encerrados en granjas industriales. Eso sí que es un confinamiento gigantesco. Animales hacinados, maltratados, estresados y atiborrados de antibióticos. Ahora, en la nueva normalidad, hay, millón arriba, millón abajo, los mismos. Ponte la mascarilla. Apelo a tu responsabilidad individual. Tampoco he escuchado a nuestro presidente hablando acerca de este asunto. En estos ecosistemas distópicos, la posibilidad de que un virus salte de un pollo o un cerdo a un ser humano se multiplica. Bosques y biodiversidad se destruyen a toda máquina para engordar a toda esta *carne* enlatada en jaulas. La fauna silvestre que sobrevive va quedando encajonada en rincones cada vez menos recónditos. Lo cierto es que ya no existen *rincones recónditos*. El contacto con otras especies y la mercantilización de los llamados

animales salvajes dispara las posibilidades de zoonosis. Ébola, coronavirus, entre otras. Que los humanos urbanicemos cada vez más territorio tampoco ayuda. Las ciudades se extienden y matan o desplazan a muchas especies animales. Los humanos también somos animales. No vivimos en jaulas, pero cada vez más gente trabaja, vive y se desplaza en contextos de hacinamiento. Cuando la zoonosis se produce, el virus encuentra las condiciones para expandirse a sus anchas.

El matadero de Litera Meat en Binéfar se hizo tristemente famoso durante el confinamiento. Que abunden los brotes en mataderos parece una señal divina. Mi familia celebró el fin del estado de alarma con una parrillada. Nada de besos y abrazos. Alitas de pollo, costillas de cerdo y chorizos criollos. El matadero de Litera Meat se construyó con la idea de que en él se pudieran matar treinta mil cerdos al día. Eso da más de diez millones al año. Para exportar los cadáveres a China. En esta fábrica fría y húmeda, la brutalidad laboral que imperaba facilitó aún más la propagación de la enfermedad. Cientos de personas contagiadas. Casi todas migrantes. A día de hoy, la cadena de muerte de Litera Meat continúa a todo trapo. Más mascarillas, más jabón, y a seguir matando cerdos a toda velocidad. Y eso que los brotes en mataderos se han multiplicado en las últimas semanas. También entre los temporeros y temporeras. Diez horas con mascarilla trabajando a destajo dentro de un invernadero. Inditex dice «Black Lives Matter». Migrantes hacinadas en cadenas industriales. Migrantes hacinadas en pisos y chabolas. Migrantes en la calle durmiendo entre cartones.

Recuérdalo: vamos a seguir contaminándote. A ti y a los tuyos. Así que usa mascarilla. Por las buenas o por las malas. Acostúmbrate. Te prometemos un siglo XXI lleno de emociones. Póntela. Quizás jamás te la puedas quitar.

«[...] una narrativa molecular que retrata la enfermedad en gran medida en términos de un conflicto entre el virus y la inmunidad, entre la evolución viral y la capacidad de la humanidad para producir vacunas y antivirales adecuados,

entre el rojo natural de la glucoproteína y el blanco de la bata de laboratorio. Los paradigmas compiten entre sí -quizás por sus beneficios políticos, comerciales o institucionales-, resultando difícil articular otra narrativa. [...] ¿Qué hay del contexto más amplio del virus?» (2009)

«Al hacer capitalista a la naturaleza se hace que el capitalismo sea algo natural. Las disparidades en la salud surgen de nuestros genes o de nuestras entrañas, no de los sistemas de apartheid» (2012)

«De hecho, siguiendo al geógrafo Jason Moore, la producción capitalista no tiene una epidemiología, sino que más bien es una epidemiología» (2015)

«Utilizar la crisis del coronavirus para probar los últimos métodos de control autocrático es un sello distintivo del capitalismo del desastre. En lo que respecta a la salud pública, prefiero atenerme a la confianza y la compasión, que son variables importantes en una epidemia.» (2020)

[Todas son citas de Rob Wallace, autor de *Grandes granjas, grandes gripes. Agroindustria y enfermedades infecciosas* (Capitán Swing, 2020)]

II

El coronavirus es un gran promotor del civismo. Ayer la policía intervino en Gijón en una casa en la que se juntaban veintiocho gitanos. Migrantes y gitanos. Gente que se toca todo el rato, que se abraza, que grita y mete ruido. El virus se contagia mucho más si gritas y te magreas. El civismo europeo, por el contrario, es de naturaleza silenciosa e individualista. Nada de apelotonarse o tocarse, nada de dar voces. Los cívicos agentes de las multinacionales firman desde su teléfono la destrucción de los humedales de toda una región. Se saludan con el codo mientras acaparan millones de hectáreas de una antigua colonia. Talan un bosque desde Londres, y plantan en él palma africana. Agujerean una montaña para abrir una mina. *Deslocalizan* en el *Sur* industrias distópicas que producen decenas de millones de cerdos y de pollos. Luego echan la

culpa del origen del ébola y del coronavirus a los murciélagos y a los pangolines. Y miran con horror a esa gente que, venida de cualquier rincón del mundo, no sabe lo que es el civismo.

* * * *

Los *milicos* siempre han cuidado de *nosotros*. En Somalia, protegen desde hace años a los mercenarios que ametrallan *piratas autóctonos*. Garantizan de ese modo que en las cartas de nuestros restaurantes siga abundando la ventresca. En Oriente Medio y en el Golfo de Guinea, sus batallas contra terroristas y piratas, o contra piratas terroristas, aseguran el tránsito libre e ininterrumpido de petróleo. *Tránsito libre e ininterrumpido* quiere decir que el petróleo que antes estaba *allí*, en el subsuelo, ahora está *aquí*, en los depósitos de nuestros coches y de nuestras calefacciones. Como por arte de magia.

Lo cierto es que ahora, en la *nueva normalidad*, los milicos nos cuidan también sin necesidad de salir de casa. Desde que las pandemias han saltado la valla y son también cosa de España, no han parado de desinfectar calles, instalaciones, hospitales. También han protagonizado millones de ruedas de prensa. Lo de desinfectar calles algún día lo tendrán que explicar. Yo, por el momento, no encuentro evidencia científica, tan sólo *evidencia propagandística*. Y, ejem, las ruedas de prensa ya las describió César Rendueles: sermones cuartelarios desechados del guion de *La escopeta nacional*. «Por el momento no se contempla ningún despliegue de las Fuerzas Armadas para hacer cumplir las restricciones de movimiento», llegó a decirse en Madrid. Cuando se dé ese momento, si se da, esperemos que no confundan a la gente con piratas, esos subhumanos de tierras ignotas.

Últimamente, los milicos también se han convertido en rastreadores. Desde el cuartel Cabo Noval, en las cercanías de Oviedo, cuarenta y cinco militares se dedican a hacer llamadas telefónicas. Los periódicos publican reseñas épicas de estas *misiones*. Quienes dedicaban su jornada laboral -cuentan los periodistas- a hacer simulaciones de combate, ahora forman parte de un *call center*. Los publirreportajes no pagados narran

la delicada, empática y cuidadosa tarea que acometen. También dejan caer «que la crisis sanitaria obliga a facilitar la tarea de rastreo y a no ocultar información». Esto quiere decir que, si te llaman del cuartel, tienes que contar tu vida y la de los tuyos a ese teniente que antes hacía simulaciones de combate, es decir, preparativos para matar en Afganistán, Irak, Somalia, Nigeria.

* * * * *

Con el fin de *dotar de medios* a las tropas españolas, el gobierno ha aprobado recientemente un gasto de 2.100 millones de euros para construir 345 blindados. El mayor contrato de la historia del Ejército de Tierra, dice el flamante titular. Los 8x8 cuentan «con alta capacidad de protección, letalidad y movilidad operacional». Que tengan *una alta capacidad de letalidad* quiere decir que pueden matar mucho. Cada carro pesa el equivalente a quince coches. A estos armatostes, obviamente, también los mueve el petróleo. Entre las empresas beneficiarias del succulento contrato, se encuentra Indra, la gran multinacional española de la industria de las fronteras. También la estadounidense General Dynamics. Esta última tiene una fábrica en Trubia. En Asturias, el contrato ha sido una de las noticias del verano. Tú no sabes el mogollón de empleos que garantiza. Sindicatos e izquierdistas lo han celebrado a lo grande.

Por cierto, con el dinero de un blindado, si no me equivoco, se cubre el gasto sanitario de casi trescientas personas internadas en la UCI una media de treinta días. Así que el presupuesto del contrato -más alto que *todo* el gasto sanitario asturiano del año 2020- daría para doscientas mil personas en cuidados intensivos. Recientemente, el presidente de Asturias, Adrián Barbón, ha desglosado las compras extraordinarias realizadas este año con motivo de la pandemia: equipos de protección, respiradores, camas UCI. El esfuerzo alcanza el equivalente a tres blindados y medio. Así que aún quedarían trescientos cuarenta carros de combate. Mientras, estamos verdaderamente desesperadas porque hay algo más de cien plazas de UCI ocupadas por personas contagiadas.

Adrián Barbón, por cierto, ruega encarecidamente que nos quedemos en casa el mayor tiempo posible. El ministro de Sanidad insta también a la reducción de la movilidad. Mientras, el ministro del Interior, para dar ejemplo, ha programado vuelos de deportación a Mauritania, Marruecos, Colombia, República Dominicana. Y es que, por lo visto, las deportaciones son una actividad económica esencial. Que se lo digan a Air Europa, esa empresa que ha llenado los bolsillos de la familia Hidalgo con el sucio negocio de las expulsiones y ahora va a ser rescatada por el gobierno de España.

* * * *

En un instituto asturiano, las clases están a punto de empezar. Un día antes, se convoca a las familias a una reunión con un solo punto en el orden del día: el *régimen de sanciones*. Serán expulsados por un día quienes cometan una falta leve. Una falta leve es, entre otras, bajarse la mascarilla. Serán expulsados por una semana quienes cometan una falta grave. Una falta grave es, por ejemplo, chupar el boli de una compañera. Dando ideas a las familias objetoras, piensa una madre: niño, tú cuando llegues a clase chupa todos los bolis y seguro que te expulsan hasta junio.

Las clases comienzan. Mesas separadas por la distancia social estipulada. Nadie puede moverse de su sitio durante la clase. Prohibido tocarse. Los primeros días, en el recreo, lxs chavalxs se sientan en el patio, en filas, guardándose metro y medio de separación. Prohibido jugar. A las pocas semanas, se establecen cuadrículas dentro del patio. Cada grupo tiene que restringir su movimiento a la zona que le ha sido asignada. Se imprimen carnets individualizados. Foto, número de identificación escolar, nombre y apellidos, domicilio, curso, grupo. A un alumno le han pedido seis veces su *pasaporte* en una misma mañana. Si te identifican fuera de tu cuadrícula, estás expulsado. También está prohibido caminar por el pasillo sin la compañía de un profesor. Ni para ir al baño. Si lo haces y te pillan, también te mandan para casa.

(No sé por qué me da que este instituto no está en el centro de la ciudad. Más bien me huele que es uno de esos en los que abundan los hijos e hijas de familias incívicas y gritonas).

Cuando llueve, el recreo se hace en el aula. Simplemente, se para *la lección* y se descansa en el pupitre. Los chavales sacan sus móviles y comienzan a enviarse guasaps. Y montan grupos de tres para disputar batallas en videojuegos contra equipos de desconocidos.

A un alumno se le ha olvidado el boli en casa. Un amigo le presta uno. Como hay alcohol y gel de manos por doquier, el chaval baña el boli en desinfectante. La profesora les pillá. Compartir material es una falta grave. Una semana expulsados a casa. Mientras todo el mundo mira cómo salen del aula, una niña trafica gominolas, por debajo del pupitre, con su amiga.

* * * * *

Cuarteles que quieren ser hospitales y escuelas que quieren ser cuarteles. Como canta Albert Pla, *todas las cosas del mundo de pronto eligieron cambiarse de sitio*. Al tiempo que este fenómeno -en el fondo no tan novedoso- se acelera, Rob Wallace afirma: «debemos dejar de robar la tierra y de provocar la emigración masiva, sólo así podremos evitar que los patógenos emerjan.» Sin embargo, no parece que el capitalismo desbocado vaya a detener el expolio, ni siquiera en aplicación de su propia razón instrumental. Es por ello que los pueblos campesinos e indígenas recrean una y otra vez experiencias de resistencia frente a las multinacionales extractivistas. Sabotean oleoductos, arrancan monocultivos, recuperan tierras, promueven la biodiversidad. Frente a la incesante revolución del capital, tan sólo pretenden que las cosas -las montañas, los ríos, los bosques, los desiertos, los glaciares- regresen a su lugar.

III

«Las instituciones están tan atravesadas por el disciplinamiento que son incompatibles con los cuidados»

Paz Francés Lecumberri

Un hombre vive desde hace años en una comunidad terapéutica. Entre sus temores se cuentan el ébola, una invasión extraterrestre y los microchips espías. De unos meses para acá, grita por los pasillos: «¿Visteis? ¡Ya os lo decía yo!»

Mi amiga, la que trabajaba de puta, acabó dejando el piso de contactos. Llegada la segunda ola, por allí no pasaba ni dios. Encontró entonces un curro de unas pocas horas. La cosa iba de limpiar un piso tres veces por semana. Al menos le serviría para ir tirando, pensaba. Pero lo cierto es que le duró dos días. Los que tardó el presidente de la comunidad en montarle un pollo a la propietaria del piso. ¿Es que no te has enterado? Hemos prohibido que personas *ajenas* al edificio entren aquí mientras dure la epidemia. Mi amiga, sin papeles, ha preferido largarse antes que meterse en un lío.

Inocencio, tras un semestre augurando que el bicho le iba a alcanzar, empezó a sentir fatiga. El revuelo en su residencia ya se había montado días antes, a primeros de octubre, cuando anunciaron el brote y comenzaron las pruebas. «*Faen* una operación en la nariz que te hace estornudar más que dios». A lno pronto se lo llevó una ambulancia. No tenía fiebre, pero sus pulmones, llenos de cicatrices tras décadas respirando polvo en la mina, necesitaban un extra de oxígeno. Pasó diez días hospitalizado. A sus ochenta y siete años le han dado el alta y está de vuelta en *casa*. Ahora ya sabe que algunos residentes han muerto. No todos por el virus. Un viejo murió deshidratado. El anciano, demenciado, no pedía agua y, en medio de aquel jaleo, a nadie se le ocurrió darle de beber.

A Inocencio le han cambiado de habitación. Está en cuarentena. Tiene prohibido salir. Su ventana da a un patio estrecho. Echa de menos unas vistas. También echa de menos el periódico, para entretenerse un rato. Lo ha pedido, pero le han dicho que

no está permitido. También están prohibidas las visitas, aunque aún dan de paso esos maravillosos tápers que le prepara su sobrina. Inocencio ve por la tele *el parte*, películas del oeste, series de policías... «Nunca fui de iglesia, cuando *echen* misa, doy al botón del mando y cambio de parroquia». Habrá que ver cómo camina, con su prótesis de cadera, cuando le dejen salir al pasillo. «*Afatígame* mucho y la pata *duelme* más que antes. Tanto tiempo *equí metío, toi* bajo de moral», afirma desde su encierro.

Entre todos estos ancianos, quizá habrá quienes piensen: «mejor vivir menos pero vivir mejor».

* * * * *

De unos meses para acá, todos los días se diagnostican patologías graves con terribles retrasos. «No estoy preparado para decirle a gente de cuarenta y tantos que tiene un tumor en la cabeza o en el estómago y le quedan pocos meses de vida», afirma un médico de urgencias.

Una mujer de sesenta años ingresa en el hospital con un edema agudo de pulmón. La causa es una disfunción de una de las válvulas del corazón. Normalmente, la operación se programa en los siguientes diez o quince días. Esta vez se fechó siete meses después. La mujer sufre una complicación. Ingresas muy grave en el hospital. Un médico trata de reanimarla durante tres horas. La paciente acaba muriendo. Cuando, sudoroso y agotado, el médico sale a dar la fatal noticia a la familia, le espetan: «eres un asesino». Él, cabizbajo, se va por el pasillo diciéndose: «yo no la he matado, pero nuestro sistema de salud, sí. Esta mujer podría haber vivido veinte o treinta años más. Su familia tiene razón».

En este hospital, un grupo de médicos y médicas ha decidido que los seres queridos de los pacientes que se están muriendo tendrán la oportunidad de acompañarles en sus últimos momentos. Se lo han comunicado a su jefa y la han retado a que, si lo considera oportuno, les denuncie. A veces, sobre todo cuando el paciente moribundo es un anciano, preparan el box para un familiar que nunca llega.

* * * *

Detectan una variante diabólica que nos va a extinguir como especie. Muere por coronavirus un hombre que negaba el virus, y su padre, y su madre, y también todos sus hijos. Se descubre un tratamiento en la universidad tal y tal que cura el coronavirus en veinticinco segundos. La vacuna inglesa tiene una efectividad del noventa y dos por ciento. La rusa, del noventa y cinco. Pronto aparecerá una vacuna con una efectividad del ciento cincuenta por ciento.

Pincha *aquí* y comprobarás, mediante un simulador, en cuántos minutos se contagia el virus por aerosoles en una estancia de veintiséis metros cuadrados. Pincha este otro *enlace* para calcularlo en función del grado de apertura de las ventanas y de ciento veintitrés tipos de mascarillas.

Se descubre una mascarilla que extermina el virus antes incluso de que te la pongas.

Cuando ciertas epidemias no afectaban a Occidente, no hacían falta sofisticados modelos de medición de riesgos para internautas ociosos.

No hacía falta, en fin, tanto teatro.

Camino por una caleya. Aquí, en medio del monte, una señora se me acerca a medio metro para increparme por no llevar mascarilla. Más adelante, una pareja no me dice nada, pero se aprieta contra un muro como si se cruzara con la misma muerte. Veo un corredor que se acerca. Cuando llega a la altura de la pareja, ésta no hace los mismos aspavientos para apartarse. Al fin y al cabo, correr sin mascarilla está permitido. Es lo prohibido lo que es contagioso. Es lo prohibido lo que mete miedo.

* * * *

En 2020, han muerto en el mundo unos dos millones de personas que han dado positivo en una prueba de coronavirus.

Según la OMS, en 2018 fallecieron por malaria cuatrocientas treinta mil personas, todas en los países del Sur. El setenta por ciento eran menores de cinco años.

Las muertes relacionadas con el VIH alcanzan el millón anualmente -cuarenta millones en los últimos cuarenta años-; también se producen en el Sur global en la inmensa mayoría de los casos. En África –el continente en el que está más extendida la epidemia– mujeres, niños y niñas son las principales afectadas.

La OMS considera que nueve de cada diez personas respiran aire contaminado y cerca de siete millones al año mueren por la exposición a las partículas finas contenidas en el mismo. Hay estudios que elevan la mortalidad hasta los nueve millones anuales. Más de una cuarta parte de las muertes de menores de cinco años se deben a la contaminación ambiental.

* * * *

En diciembre de 2020, Canadá había comprado ya seis vacunas por habitante. EEUU y Gran Bretaña, más de cuatro. La Unión Europea, casi dos y media por persona. Las compras no se han detenido desde entonces, así que estas cifras han seguido engordando. Primero Salvador Illa y después Carolina Darias, al frente del Ministerio de Sanidad español, han cerrado filas con el discurso de la UE respecto a las patentes. Se trata de garantizar los obscenos beneficios de esos buitres carroñeros - pobres buitres- que son las multinacionales farmacéuticas. Por lo visto, se pueden defender las patentes y, al mismo tiempo, cultivar una imagen amable, conciliadora, educada, de un civismo immaculado. Illa ofrecía, a falta de vacunas, dosis de palabrería: «Nadie quiere dejar atrás a nadie. Es un ejercicio de justicia y de solidaridad.» Al tiempo que el entonces ministro prometía que el setenta por ciento de la población española estaría vacunada este verano, COVAX, el programa de la OMS al que apelaba Illa, se ponía como objetivo para esa fecha - habrá que verlo- la vacunación del tres por ciento de la población de los países más pobres. «Seguimos oyendo hablar de países de altos ingresos que expresan su apoyo a COVAX en público, pero que en privado firman contratos que lo socavan,

ofreciendo precios más altos y reduciendo el número de dosis que puede comprar COVAX», señalaba el director de la OMS. Esta institución se ha visto obligada a hablar de un «fracaso moral catastrófico».

Mientras, Israel, el país más rápido en vacunar a su población, marca también tendencia, a costa de los palestinos, respecto a lo que significa el *apartheid* de las vacunas.

* * * *

Al parecer, el exceso de muertes provocado por la sindemia¹ en España -se dice que unas ochenta mil personas hasta el momento, un veinte por ciento más que un año *normal*-, ha supuesto que la esperanza de vida se reduzca en dieciocho meses. En España, ésta se situaba en 2018 en ochenta y tres años y medio, así que habrá bajado a ochenta y dos. Es, en todo caso, una media: no es lo mismo vivir y morir en el barrio de Salamanca de Madrid que en cualquier campamento de chabolas. No es lo mismo ser propietario absentista que trabajar de temporera dentro de un invernadero.

En Somalia, la esperanza de vida antes del coronavirus era de cincuenta y siete años. La hambruna de 2011-2012 provocó, según Naciones Unidas, 258.000 muertes; la mitad eran menores de cinco años. En amplias zonas del país murieron el diez por ciento -el diez por ciento- de las niñas y niños en esa franja de edad. Flipas cómo baja la esperanza de vida en un país cuando mueren miles y miles de criaturas. Y no te imaginas la cantidad de veces que, al tiempo que hay una hambruna, continúan las exportaciones de alimentos del país en el que se sufre.

Cosas de la industria alimentaria.

En Nigeria, la esperanza de vida es de cincuenta y cuatro años. En la región petrolada del Delta del Níger, sin embargo, no llega a los cincuenta. Verter petróleo durante más de medio siglo en los ríos, en los manglares, en los acuíferos, reduce la esperanza de vida un porrón de veces más que el coronavirus. No durante un año o dos, sino generación tras generación.

Cosas de la vieja normalidad.

NOTA:

1. Concepto creado por Merrill Singer a finales del siglo XX y que se ha traído a colación en diversos artículos para poner el acento en la concurrencia del coronavirus con otras enfermedades no transmisibles, pero sí muy condicionadas por la pobreza, las deficiencias de los sistemas de salud, las condiciones generales de vida (alimentación, vivienda, niveles de contaminación del entorno, etc.)

La «Salud Pública» como herramienta totalitaria de la Dictadura Médica Industrial

Un cambio de paradigma científico para recuperar la salud del planeta y sus habitantes

Escribo este artículo en los días en que se cumple un año de la denominada «pandemia COVID-19» que ha supuesto una agresión sin precedentes a los derechos y libertades fundamentales de prácticamente toda la humanidad y que nos va a servir de punto de partida en esta reflexión que quiero compartir con los que luchan, con los que desobedecen, con los que se hacen preguntas al margen del guion prefabricado por los de Arriba, con quienes, a pesar de las enormes dificultades y peligros, están empeñados en cambiar el mundo o, para decirlo de modo algo menos pretencioso, en procurar una vida un poco mejor y menos deshumanizada para nuestros hijos y nietos.

Os propongo partir de una pregunta que puede concentrar en su respuesta todo lo que me propongo decir en estas pocas páginas: ¿Cómo ha sido posible que siete mil millones de personas se crean el discurso oficial y obedezcan sin rechistar renunciado a sus derechos más elementales? La respuesta corta es: obediencia y terror. La respuesta larga la vengo desarrollando desde 2020 y que os animo a leer en los artículos que he venido publicando y en las entrevistas en las que he tenido la oportunidad de contarlo [1]. Así que aquí comenzaremos con una síntesis que nos permita dar el salto hasta el tema que he anunciado en el título y el subtítulo de esta apología de la desobediencia.

Idiotas

El médico y científico a contracorriente Wilhelm Reich desveló a lo largo de su poliédrica obra los mecanismos que el poder

utiliza para fabricar ciudadanos obedientes [2], mecanismos que se concentran principalmente en los tres primeros años de vida: parto medicalizado, distorsión de la lactancia y crianza deshumanizada, todos ellos analizados en profundidad por Casilda Rodrigáñez y Ana Cachafeiro en su obra «la represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente» [3].

En el siglo transcurrido desde que Reich comenzó a estudiarlos, esos mecanismos se han perfeccionado a través de una serie de herramientas para perpetrar esa triple agresión, fundamental para el dominio y para continuar ejerciéndolo después de los tres años en los que –a la educación familiar más o menos represiva, castradora, coercitiva– se suman otras instituciones, tanto las específicamente educativas como otras que actúan en múltiples terrenos; aquí nos vamos a centrar en el de la salud y la enfermedad.

Los ciudadanos de las polis helenas llamaban «idiotés» a aquellos que no aparecían por la Asamblea dejando así en manos de otros las decisiones que afectaban a todos [4]. Los idiotas son pues el paradigma de la dejación, que juega un papel fundamental en nuestra historia. La inmensa mayoría no es ignorante, por el contrario sabe lo que tiene que saber, es decir, lo que está mandado que sepa. La inmensa mayoría son más bien idiotas, es decir pasivos, indolentes, acrílicos, incapaces de hacerse preguntas y tomar decisiones. En definitiva, son obedientes.

Fabricado pues el ciudadano idiota, que es la inmensa mayoría, no existe dificultad especial en conseguir que acepte cualquier cosa, que la acepte como verdad indiscutible e incluso como dogma infranqueable, con la característica propia de todos los dogmas: no ser percibidos como tales. En la modernidad, el discurso de verdad y por tanto el discurso creador de dogmas es el científico.

El escritor argentino Ernesto Sabato [5] explicaba que el ser humano está más dispuesto a creer cuando menos entiende lo que se le dice, de modo que el intrincado discurso de la ciencia ha conseguido imponerse como discurso de verdad que la

inmensa mayoría acepta sin discusión dándose la paradoja de que el método científico se presenta como una contrapartida a la religión y las creencias pero convirtiéndose él mismo en una creencia mucho más peligrosa que las derivadas de las religiones, que al fin y al cabo no niegan lo que son [6].

Como corolario, las instituciones investidas del prestigio académico que ellas mismas se conceden entre sí, apoyadas, financiadas o controladas por el capital farmacéutico y biotecnológico al que también contribuyen a dar su patente de corso, se convierten en sedes de la pseudo iglesia del cientificismo cuyas encíclicas son las publicaciones científicas, especialmente las biomédicas [7].

Esto por lo que respecta a la obediencia.

Un dogma es la clave

La segunda parte de nuestra respuesta es el miedo. ¿Cómo se consigue que millones de personas tengan miedo a que una enfermedad se produzca, no porque se empeñen en hábitos de vida insanos o porque vivan en lugares hipercontaminados, sino que lo haga arbitrariamente, como si literalmente les cayera del cielo? ¿Cómo se justifica desde el poder que las personas deban protegerse manteniendo distancias, reduciendo sus contactos o tapándose la boca? ¿Cómo se podría argumentar que una persona puede poner en peligro la salud de otra, no agrediéndola, atropellándola o incluso malaconsejándola, sino con su mera cercanía? ¿De qué modo sería posible legitimar detenciones, registros, aislamientos, confinamientos, así como procedimientos obligatorios de diagnóstico, tratamiento o prevención aludiendo a un peligro colectivo? En definitiva, ¿cómo sería posible que la gente rechace visceralmente los totalitarismos políticos o impuestos manu militari y acepte con pasmosa tranquilidad el totalitarismo sanitario en nombre de la «salud pública» impuesto por la Dictadura Médica Industrial?

La respuesta a esta pregunta y a muchas otras similares es: el dogma de la *Teoría Microbiana de la Enfermedad* o *Teoría de la Infección* cuyo complemento es la idea de *Inmunidad*. El sentido común nos dice que si te alimentas mal, respiras aire

contaminado, duermes poco y mal, no haces ejercicio... tendrás problemas de salud. Pero el dogma ha sustituido al sentido común y lo ha hecho de un modo tan flagrante que lo que la mayoría considera de «sentido común» es que uno «coja» una enfermedad o se la «pegue» a otra persona independientemente de los hábitos y condiciones de vida.

A partir de ahí, cualquier afirmación que provenga de la autoridad sanitaria alertando de un nuevo virus mortífero y de las medidas que han de tomarse para combatirlo, se aceptarán sin rechistar independientemente de lo absurdas o contradictorias que sean y por mucho que una minoría de herejes muestre una y mil veces la evidencia lógica, documental, histórica, científica proveniente de fuentes honestas, rigurosas e independientes que las contradiga.

¿Cómo ha sido posible llegar a esta esperpéntica situación que pone en peligro, no solo la salud y la vida sino la esencia misma del ser humano y su relación con el entorno, una situación en la que los mentirosos y corruptos hablan en nombre de la ciencia mientras los verdaderos científicos son calificados de charlatanes, ignorados, desprestigiados y perseguidos?

Puesto que he dedicado mucho tiempo y energía a analizar las relaciones de poder y sus consecuencias en el terreno de la salud y la enfermedad [8], voy a concentrarme en este caso en la cuestión de fondo, es decir: el paradigma científico-médico que ha posibilitado las actuales relaciones de dominación, la distorsión de la salud y la biología, el abandono de la responsabilidad sobre nuestra salud, la concepción de la enfermedad y en consecuencia el diseño de nuestras instituciones sanitarias, todo ello encerrado en un círculo vicioso de retroalimentación destructiva.

Dos paradigmas

Para exponer de modo claro y sintético lo que quiero expresar enfrentando dos modelos o dos paradigmas de salud, es importante interrelacionar una serie de factores encadenados de la siguiente forma:

BASE TEORICA

- CONCEPTO DE SALUD
- CONCEPTO DE ENFERMEDAD
- MODELO MÉDICO

A partir de ese desarrollo histórico y funcional vamos a analizar dos modelos opuestos que podemos denominar Estático (el actualmente imperante) y Dinámico (el que proponemos como alternativa vital):

BASE TEORICA BASADA EN LA ANTIBIOSIS

- CONCEPTO DE SALUD **ESTATICO**
- ENFERMEDAD **OPUESTA** EN LA SALUD
- MODELO MÉDICO EN **CONTRA** DE LA NATURALEZA
- SISTEMA SANITARIO DOMINADO POR LA **INDUSTRIA**

BASE TEORICA BASADA EN LA SIMBIOSIS

- CONCEPTO DE SALUD **DINAMICO**
- ENFERMEDAD **INTEGRADA** EN LA SALUD
- MODELO MÉDICO EN **A FAVOR** DE LA NATURALEZA
- SISTEMA SANITARIO **HOLISTICO AUTOGESTIONADO**

El modelo actualmente imperante es básicamente mecanicista y tiene como referencia teórica el neodarwinismo, una genética determinista y una biología reduccionista dominada por la antibiosis, es decir por una concepción antivida. Todo ello ha generado una visión de la enfermedad como opuesta a la salud y una medicina en su mayor parte dedicada a luchar contra la enfermedad para supuestamente recuperar la salud, una medicina eminentemente farmacológica enfrentada con la naturaleza que viene provocando una explosión de iatrogenia sin precedentes [9] y todo ello integrado en un modelo de

Sistema Sanitario –independientemente de que sea público, privado o cualquiera de sus múltiples combinaciones– influenciado o controlado por la industria.

En contraposición, un modelo dinámico se caracterizaría por ser eminentemente holístico –es decir, que contempla todos los elementos implicados en su conjunto y en sus relaciones y no de forma aislada como si despiezáramos una máquina– y tendría como referencia la nueva biología que cuestiona el neodarwinismo y propone una visión epigenética en la que por, decirlo así, el destino no está escrito. Desde esta visión la enfermedad sería en realidad parte de la salud y hablaríamos más propiamente de procesos dinámicos de equilibrio, desequilibrio y reequilibrios dando lugar a una medicina que, en lugar de combatir la enfermedad, comprende, respeta o favorece esos procesos actuando a favor de la naturaleza y a un sistema sanitario que integre todo esto mientras restablece la responsabilidad de cada uno sobre nuestra salud y, por tanto, sobre la institución encargada de gestionarla.

Vamos a desarrollar un poco más estos dos paradigmas.

El modelo estático

La biología que aún se estudia en los institutos y universidades fue concebida en la primera mitad del siglo XIX a partir de la influencia del economista Thomas Malthus y el naturalista Herbert Spencer, acérrimos defensores de la desigualdad, el racismo y la ley del más fuerte; planteamientos filosóficos que posteriormente Charles Darwin y quienes le redactaron sus obras aplicaron a la biología para presentar la evolución como resultado de una lucha permanente entre especies e individuos en la que «el más apto» se hacía con la victoria.

No está de más saber que todos estos autores se apropiaron y tergiversaron las ideas del naturalista francés Jean-Baptiste de Lamarck que en su *Filosofía Zoológica*, publicada cincuenta años antes de *El origen de las especies* de Darwin, expuso por primera vez una teoría integral de la evolución basada en la adaptación al medio y la constatación de que las formas sencillas de vida se hacen progresivamente más complejas.

El otro pilar del paradigma mecanicista se debe a otra apropiación indebida: George Mendel no es el autor de las famosas *Leyes de Mendel* ni las descubrió haciendo los archiconocidos experimentos con guisantes, sino que son un argumento retórico utilizado por el genetista estadounidense Thomas Hunt Morgan en un debate sobre transmisión de genes. En 1936 la revista *Annals of Science* publicó un artículo denunciando que «los datos de la mayoría de los experimentos de Mendel –si no de todos— habían sido falsificados para hacerlos coincidir con sus previsiones». Posteriormente, una revisión de los cuadernos de Mendel demostró que el 95% de sus observaciones no encajaban en el modelo determinista que se desprende de las leyes. Autores como Federico di Trocchio, Mae Wan-Ho o Máximo Sandín han puesto en evidencia las falsificaciones de Mendel.

No es de extrañar que el modelo médico imperante basado en estas falsedades mantenga también una visión belicista de la vida: los médicos modernos se empeñan en «luchar» contra la enfermedad, «atacar», «combatir» y «aniquilar» microbios y células «malignas» con todas sus «armas» ampliando cada vez más su «arsenal» terapéutico, y están siempre dispuestos a «abrasar» o «quemar» hasta los propios tejidos, algo que se justifica en las «guerras» como «inevitables efectos colaterales» [10].

El actual modelo médico tiene su origen en el siglo XVIII cuando la ciencia empezó a sustituir a la religión y la autoridad médica definió y clasificó las disfunciones como «enfermedades» adjudicándose la capacidad de actuar contra ellas. Posteriormente, durante el siglo XIX, el pensamiento mecanicista surgido de la Ilustración y la gestación de la industria farmacéutica impulsarían el triunfo de la *Teoría Microbiana* de Louis Pasteur, Robert Koch y otros, que, sin evidencias científico-médicas, se impuso iniciando primero la guerra contra las bacterias mediante el empleo sistemático de antibióticos, modelo que se consolidó en el siglo XX tras la II Guerra Mundial al lograr las multinacionales farmacéuticas hacerse con el control de la formación, la información, la investigación y los servicios sanitarios. De hecho la industria se introdujo en los principales medios de comunicación de masas, en las revistas sanitarias, en las instituciones académicas, en

las universidades, en las asociaciones científicas, en los colegios médicos, en las asociaciones de usuarios y enfermos, en las agencias de regulación de vacunas y medicamentos, en los principales organismos nacionales e internacionales y en los propios gobiernos de los países más influyentes.

Todo ello, junto con el uso masivo de antibióticos, antifúngicos y antivirales para combatir a los ejércitos de microbios y de vacunas para supuestamente entrenar a nuestro ejército defensor contra ellos, ha terminado definiendo un modelo de sistema sanitario basado en la autoridad y el paternalismo de los médicos, que a su vez están controlados o influenciados por los grandes laboratorios farmacéuticos y atrapados en un engranaje de poder que incluye agencias de la sanidad estadounidense –con los *Centros para el Control de Enfermedades* y el *Servicio de Inteligencia de Epidemias* a la cabeza– fundaciones privadas –en sus orígenes la *Fundación Rockefeller* y desde el año 2000 la *Fundación Bill y Melinda Gates*– y organismos internacionales desde la propia *Organización Mundial de la Salud*, *UNICEF* y una multitud de otras organizaciones nacionales, regionales e internacionales públicas y privadas, hasta los capataces mundiales del poder económico y financiero [11].

El modelo dinámico

A partir de la visión de Lamarck y de nuevos descubrimientos en biología, epigenética, microbiología, virología... una nueva corriente de científicos –entre los que destacan Ernst Haeckel, Ludwig Von Bertalanffy, Lynn Margulis, Humberto Maturana, Rupert Cheldrake, Bruce Lipton o Fritjof Capra–, plantea una visión dinámica de la vida cuestionando incluso el propio concepto de «gen», el funcionamiento de la célula y la estructura y funciones de nuestro medio interno.

Desde ese punto de vista los microbios conectan el mundo orgánico y el inorgánico haciendo posible la vida. De hecho son bacterias las que purifican el agua, reciclan los productos de desecho y las sustancias tóxicas, regeneran los suelos y los ecosistemas marinos y terrestres, posibilitan la utilización del nitrógeno por las plantas... Más aún: todos los gases de la

atmósfera son producidos por el metabolismo de diferentes tipos de bacterias. Podemos incluso decir que las bacterias «hablan» entre sí fabricando «palabras» químicas que reconocen y les sirven como consignas para llevar a cabo acciones de grupo.

La bióloga Lynn Margulis dio un paso fundamental en este enfoque de la vida como cooperación y no como lucha planteando que la clave de la evolución, y del mismo origen de la vida, es la simbiosis. Su teoría, poco a poco aceptada por más científicos de mente abierta, la Simbiogénesis, postula que hace unos cuatro mil millones de años se produjo una primera fusión de arqueobacterias fermentadoras con espiroquetas nadadoras dando lugar a la primera célula con núcleo base de los hongos y de todas las células animales y vegetales.

En una segunda fusión se incorporaron bacterias capaces de obtener energía mediante el uso del oxígeno que serían las antecesoras de las mitocondrias, que generan la energía en las células animales y humanas. Por último, en una tercera fusión se agregaron cianobacterias aportando la fotosíntesis y dando lugar a las plantas [12].

Las investigaciones del histólogo y embriólogo Alfred Pischinger, desarrolladas posteriormente por otros autores como Otto Heinrich Warburg y Heinrich Kremer, han replanteado totalmente el papel del mal llamado Sistema Inmunitario considerando que su función básica no es la lucha contra invasores sino la limpieza y el reciclaje de elementos internos regulando así la homeostasis o equilibrio interno. Sus hallazgos han permitido asimismo comprender el origen real del cáncer debido a un programa biológico relacionado con la obtención de energía en las células y no con mutaciones genéticas como afirma la medicina moderna [13].

Microecología

Un artículo publicado en 2014 en *PLOS Biology* dice: «*las implicaciones de la transmisión microbiana materna tanto interna como externa representan un cambio de paradigma para las ciencias básicas y biomédicas*» [14].

Contrariamente a lo que se creía hasta hace poco, la madre trasmite al feto poblaciones microbianas estando en el útero y se han encontrado bacterias en la placenta, el cordón umbilical, el líquido amniótico, las membranas y el meconio. Así esas primeras bacterias llegan a través de la sangre y proceden de la boca de la madre, del interior de sus mamas y del útero. A estas se suman posteriormente las que se transmiten durante el parto vaginal y luego por el contacto con la piel de la madre y a través del calostro.

La leche materna contiene más de 700 especies bacterianas cuyas funciones no se conocen aún totalmente aunque muy probablemente tengan relación con los mecanismos de equilibrio y convivencia que caracterizan la simbiosis. Se puede considerar la leche materna como un segundo cordón umbilical que estimula la maduración de los órganos desarrollados en el útero aportando hormonas, factores de crecimiento, células madre para emergencias, linfocitos T para uso a largo plazo, compuestos antiinflamatorios naturales y factores neurotróficos necesarios para la maduración del sistema nervioso y neuronal, así como todo lo necesario para la simbiosis de las células con las bacterias adquiridas, enzimas, citoquinas y prebióticos.

El proceso de simbiosis requiere aproximadamente dos años para estar a punto mediante un entrenamiento que abarca otros sistemas incluyendo el mal llamado «sistema inmunitario» que regula esa convivencia en la que a veces se producen molestias, fiebre, dolores de cabeza u otros síntomas que son erróneamente interpretados como «enfermedades bacterianas» y tratados con antibióticos, vacunas, vitaminas sintéticas, fármacos y nutrición inadecuada a base de leches artificiales que alteran la homeostasis del bebé, obstaculizan su proceso de maduración interna y sientan a menudo las bases de futuros problemas.

Conocer y respetar estos procesos en los comienzos de la vida supone una transformación profunda de los conceptos de salud, enfermedad, genética, sistema inmune y otros muchos, y supone un nuevo enfoque de la medicina favoreciendo los procesos vitales naturales y respetando y colaborando con la naturaleza. Esta concepción y el creciente protagonismo de colectivos ciudadanos más conscientes y mejor informados

sobre salud -tanto la humana como la del planeta- favorecerá sin duda un cambio radical que permita a la gente adquirir hábitos de vida saludables y recurrir a tratamientos no medicalizados.

Volviendo al comienzo de nuestra exposición: El concepto de «salud pública» se basa en el concepto de salud. Si el concepto de salud proviene de una biología mecanicista, falsa y dominada por el belicismo contra nuestros microbios, el concepto de «salud pública» será un instrumento totalitario al servicio del poder que justificará cualquier intervención que se ampare en proteger a la comunidad del individuo «infectado» o simplemente sospechoso de estarlo.

Por el contrario, un concepto de salud holístico determinará una visión de la «salud pública» basada en la protección del entorno y en propiciar hábitos saludables de vida y alimentación. Pero lo más importante es que devolverá la esencia individual de la salud propia de las medicinas tradicionales impidiendo que la protección de la salud de la comunidad se convierta en excusa o instrumento para imponer diagnósticos, tratamientos, vacunas o cualquier otro tipo de intervención sanitaria mediante leyes o presión social, laboral o psicológica mediante la manipulación o las campañas de miedo.

Jesús García Blanca*

NOTAS:

[1] Mi investigación de la falsa pandemia: <http://saludypoder.blogspot.com/2021/01/mi-investigacion-de-la-falsa-pandemia.html>

[2] García Blanca, J. *Wilhelm Reich inspirador de rebeldía*. Cauac Editorial Nativa, 2017.

García Blanca, J. *La medicalización de las madres como distorsión mecanicista de los comienzos de la vida humana*. Daimón Revista Internacional de Filosofía, 2017. <http://revistas.um.es/daimon/article/view/302601>.

[3] Rodríguez, C. y Cachafeiro, A. *La represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente*. Nossa y Jara Editores, 1995.

[4] Escotado, A. *Idiotas*. El País, 5 de mayo, 1993. https://elpais.com/diario/1993/05/05/opinion/736552801_850215.html.

[5] Sabato, E. *Hombres y engranajes*. Alianza Editorial, 1980.

[6] Ibáñez, T. *Ciencia, retórica de la «verdad» y relativismo*. Archipiélago, 20, 1995.

Lizcano, E. *El anarquismo y el fundamentalismo científico*. En AAVV, *El lenguaje libertario: antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. Altamira, 1998. <https://estaciencia.files.wordpress.com/2017/04/lizcanofundamentalismocientc3adfico.pdf>.

[7] García Blanca, J. *Contra el fundamentalismo científico*. Ekintza Zuzena, 2016. <https://www.nodo50.org/ekintza/2016/contra-el-fundamentalismo-cientifico/>.

García Blanca, J. *Las publicaciones científicas al servicio del Poder*. Diario CNT, 2003. <http://archivo-periodico.cnt.es/286ene2003/opinion/index.htm>.

[8] García Blanca, J. *La Sanidad contra la Salud: una mirada global para la autogestión*. Ediciones i, 2015.

[9] Costa Vercher, E. *Iatrogenia: la medicina de la Bestia*. Cauac Editorial Nativa, 2020.

[10] Sandín, M. *Una nueva biología para una nueva sociedad*. Política y Sociedad, 39-3, 2002. <http://www.somosbacteriasyvirus.com/nuevasociedad.pdf>.

[11] *Tejiendo la Red de la Vida*: <http://www.somosbacteriasyvirus.com/>.

[12] Margulis, L. *Origin of Eukaryotic Cells; Evidence and Research Implications for a Theory of the Origin and Evolution of Microbial, Plant, and*

Animal Cells on the Precambrian Earth. New Haven: Yale University Press. 1970.

Margulis, L. *Symbiosis in Cell Evolution: Life and its Environment on the Early Earth*. San Francisco: W. H. Freeman, 1981.

Margulis, L. *Symbiosis in Cell Evolution: Microbial Communities in the Archean and Proterozoic Eons*. 2nd ed. New York: Freeman, 1993.

Margulis, L. *Symbiogenesis. A new principle of evolution rediscovery of Boris Mikhaylovich Kozo-Polyansky (1890–1957)*. Paleontological Journal 44 (2010): 1525–39.

Sagan, L. *On the Origin of Mitosing Cells*. Journal of Theoretical Biology 14 (1967): 225–74.

[13] Kremer, H. *The silent revolution in cancer and AIDS medicine*. Xlibris Corporation, 2008.

[14] Funkhouser, L. J. y Bordenstein, S. *Mom knows best: The Universality of Maternal Microbial Transmisión (Mami lo sabe mejor: la universalidad de la transmisión microbiana materna)* PLOS Biology, 2013. <https://doi.org/10.1371/journal.pbio.1001631>.

* Jesús García Blanca es escritor e investigador independiente, especializado en engranajes de poder en el terreno de la salud, la ecología y la educación. Miembro fundador del grupo STOP VACUNAS. Ha publicado numerosos artículos y los libros: *El Rapto de Higea* (Virus, 2010), *La Sanidad contra la Salud* (Ediciones i, 2015), *Vacunas: una reflexión crítica*, en coautoría con el doctor Enric Costa (Ediciones i, 2015), *Wilhelm Reich, inspirador de rebeldía* (Cauac Editorial Nativa, 2019) y ha participado en el proyecto colectivo *CoVid20, una radiografía del Covid19 y una ventana hacia un nuevo paradigma* impulsado por Cauac Editorial Nativa (<https://cauac.org/v20/>). Colabora con la revista *Discovery DSalud* desde 2010 y administra el blog *Salud y Poder*.

Cuarteles que quieren ser hospitales y escuelas que quieren ser cuarteles. Como canta Albert Pla, *todas las cosas del mundo de pronto eligieron cambiarse de sitio*. Al tiempo que este fenómeno -en el fondo no tan novedoso- se acelera, Rob Wallace afirma: «debemos dejar de robar la tierra y de provocar la emigración masiva, sólo así podremos evitar que los patógenos emerjan.» Sin embargo, no parece que el capitalismo desbocado vaya a detener el expolio, ni siquiera en aplicación de su propia razón instrumental. Es por ello que los pueblos campesinos e indígenas recrean una y otra vez experiencias de resistencia frente a las multinacionales extractivistas. Sabotean oleoductos, arrancan monocultivos, recuperan tierras, promueven la biodiversidad. Frente a la incesante revolución del capital, tan sólo pretenden que las cosas -las montañas, los ríos, los bosques, los desiertos, los glaciares- regresen a su lugar.